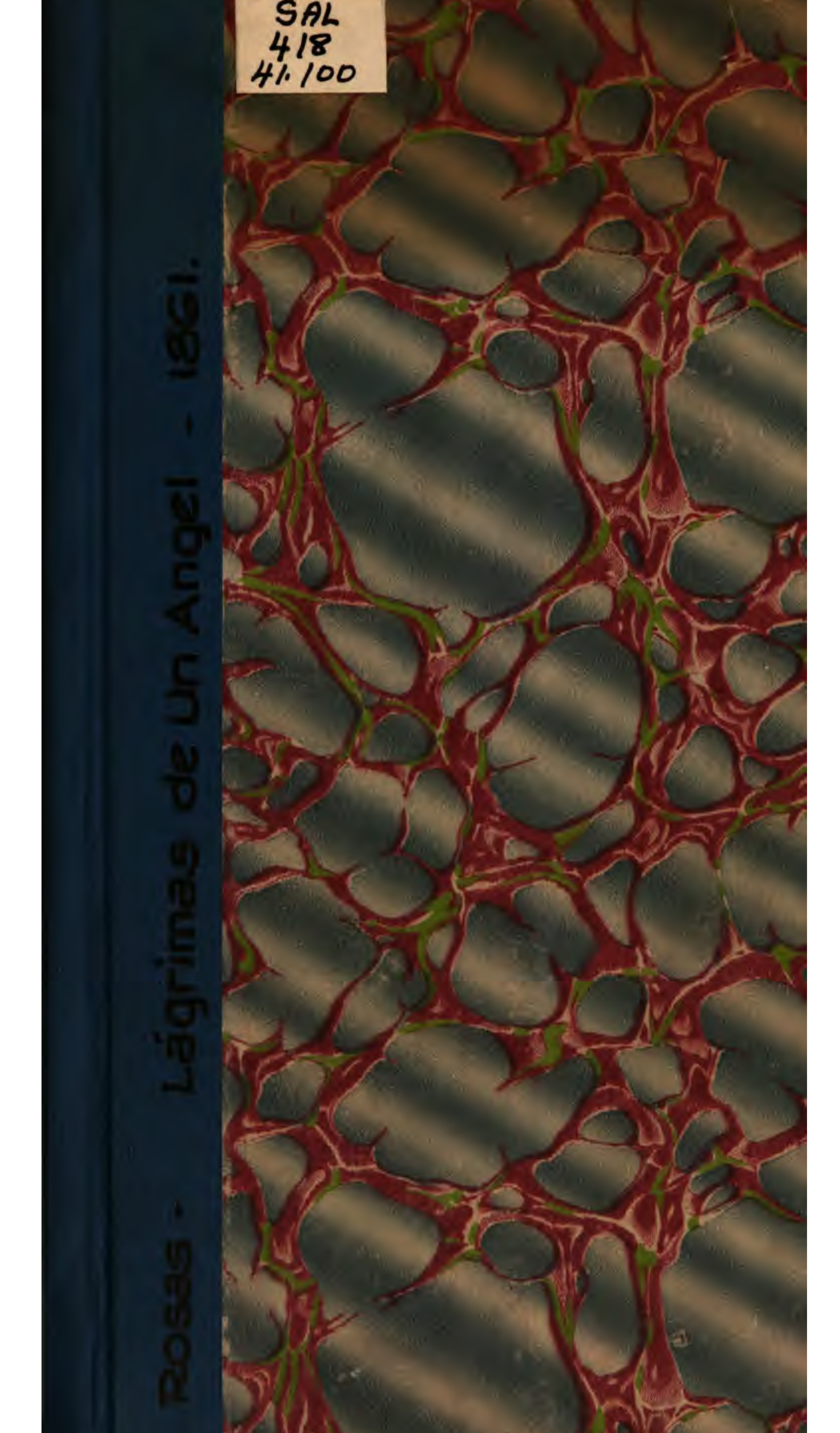

SAL
418
41.100
Rosas - Lágrimas de Un Angel - 1861.


HARVARDIANA
ET
VE RI
TAS
ACADEMIA
IN NOV-ANG
CHRISTO
ECCLESIAE

BIBLIOTECA POPULAR DE LA HABANA.

LAGRIMAS DE UN ANGEL,

NOVELA

POR

JULIO ROSAS.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO LA CUBANA, O'REILLY 96

1861.

Imperfect: pp. 49-62 wanting

LAGRIMAS
DE UN ANGEL.

NOVELA

POR JULIO ROSAS.

¡Amor! supremo poder del corazon, misterioso entusiasmo que encierra en él ¡la poesía, el heroismo y la religion! Que nos sucede cuando el destino nos separa de aquel que tenía el secreto de nuestra alma, que nos habia dado la vida del corazon, vida celestial? Qué sucede cuando la ausencia ó la muerte aislan á una persona sobre la tierra? Ella languidece y cae. —STAEL.

I.

¡Raul! ¡Raul! Tiemblo por tí! Apénas hace doce horas que nos despedimos en la playa y los bramidos lejanos de la tempestad retumban entre estas montañas.

¡Oh Dios mio! Calma el furor de los ajitados mares y salva á Raul de los horrores del naufragio......!

No parece sino que la naturaleza se asocia á mi dolor. El dia ha amanecido triste y frio. Sopla un viento picante que arrastra nubes de nieve menuda y compacta. Los árboles tiemblan bajo la lluvia, y el sol amarillo y opaco se oculta tras espesos nubarrones que cruzan la atmósfera como manadas de cuervos errantes.

Hoy es domingo y los pastores no salen de sus chozas, consagrando el dia al descanso de las faenas de la semana y á la espansion de las dulces afecciones de familia. ¡Oh! qué bellos son esos grupos risueños y placenteros que, junto á la la llama del hogar y al rumor de la lluvia y del viento, forman las personas que nos son queridas! Y yo estoy sola, sola, léjos de mi amante, cuya preciosa vida está á merced de las olas.

A través de los cristales de la ventana que ajita el viento con fuerza y que azotan los copos de nieve, contemplo estremecida el mar alborotado que muge como el toro herido y que cubre la costa con una blanca sábana de hirviente espuma. El campo solitario, el pálido sol, el aire frio, el cielo nublado, las aguas cenagosas del rio que corren con lúgubre murmullo, todo este conjunto tiene tal carácter de tristeza y desolacion que me horroriza y espanta. Presentimientos vagos y sombríos oprimen mi pecho.......

¡Oh! Porqué hoy me estremecen esas prolongadas vibraciones de la violenta detonacion del trueno que tantas veces hemos escuchado bañándonos en ese vacio misterioso que inspira el vértigo de lo desconocido? ¿Porqué hoy me hacen temblar esas ráfagas de luz de hermoso color violado que iluminan con deslumbradora claridad los anchos horizontes, esos relámpagos que tantas veces hemos admirado gustando esa sobreescitacion del alma que raya en éstasis? Porqué me sofocan hoy esos sulfurosos perfumes de la tempestad que tantas veces hemos respirado con delicia? Será porque tú no estás á mi lado, Raul? Será porque veo á la muerte amenazándote en medio de los grandes mares?—

¡La muerte......! La muerte he dicho! Al pronunciar esta palabra que encierra un poema de angustia sin nombre, de dolor inmenso é infinito, llevo á mi seno pálido y helado mis trémulos y palpitantes manos para comprimir los violentos y agitados latidos de mi corazon porque siento mi pecho próximo á estallar, porque me parece que se desgarran las fibras de mi corazon, porque me figuro que se rompe el vaso sagrado de mis recuerdos y el altar donde arde el fuego tranquilo y purísimo de tu amor, altar donde quemo el incienso de mi llanto y de mis esperanzas.—¡La muerte! Al pronunciar esta palabra que revela la nada de la soberbia de la humanidad

y la pequeñez de las grandezas de la tierra, siento en mi frente la frialdad del mármol de los sepulcros, y me parece que me rodea el silencio espantoso del sombrío cementerio.

¡La muerte! la muerte! ¡Ah! Yo quiero vivir, Raul! Quiero vivir para amarte, y no amar mas que á tí con todo mi corazon, con toda mi alma, con todo el fuego de mi juventud, con toda la idealidad de mi fantasía, con todo el ardor de mis fuerzas, con toda la impetuosidad de mis pasiones, con toda la energía de mi ardiente naturaleza. Tuya es mi sangre gota á gota, tuya mi carne pedazo á pedazo, tuya mi eternidad hora por hora. ¡Oh Raul! es dulce vivir cuando se ama como yo te amo, con ternura inmortal: es dulce vivir cuando la muger es amada como tú me amas, con afeccion profunda, imperecedera. Es doloroso morir en la mañana de la vida, cuando el corazon lleno de juventud, de amor, de fuego y de perfumes, vive de las aspiraciones de lo bello y de lo infinito.

Vuelve, vuelve pronto, oh Raul! oh mi querido Raul! Torna á mi lado, mi dulce amigo: regresa al pié de mis montañas: no tardes, no tardes, porque me siento morir, porque desde que estás ausente mi dolor cubre con fúnebres crespones las bellezas de la naturaleza. Cuando estabas aquí me parecia el sol mas brillante, la luz mas suave, el cielo mas azul, mas misteriosa la claridad de las estrellas, mas melodioso el murmullo de las brisas entre los naranjos y limoneros, mas dulces las emanaciones de la naturaleza en flor. ¡Oh! ven, ven: no olvides que la ausencia es el suplicio de los amantes. Ven, Raul, tu Lucía te llama: tu novia te espera con ardiente impaciencia, con vivísima ansiedad.

Vuelve á este risueño destierro de los bosques donde se meció nuestra cuna: vuelve á la sombra de estos árboles donde hemos pasado nuestra infancia en la muda contemplacion de la naturaleza y cuya vida solitaria nutrió nuestro corazon de dulces inspiraciones: vuelve á esta casita donde mi madre me suspendió á sus pechos, donde has vivido conmigo toda una eternidad: vuelve á esta blanca casita situada en medio de un jardin como un sueño de amor, y sobre la cumbre de una montaña como una azucena del cielo. Murmuremos otra vez una oracion, á la luz de las lámparas que están encendidas noche y dia en los nichos de las imágenes que inspiran respeto y veneracion en las esquinas de las plazas de

esta aldea. Vuelve á cojer flores para mí, nidos de gaviotas en los arrecifes y en la punta de los peñascos: vuelve á coronar mi frente con pámpanos y flores de naranjo. Jurémonos otra vez amor y lealtad al pié de estos árboles que siempre nos protegieron con su sombra y en cuyos troncos hemos cincelado nuestras iniciales entrelazadas. Sentémonos otra vez en la orilla de la fuente de la iglesia, en esa fuente rodeada de naranjos que ha arrullado todos mis sueños, cuya agua bebí siempre en tus manos y bebo ahora en memoria tuya, en memoria de mi Raul, de mi novio, del querido de mi corazon, del mas bueno y mas amable de los hombres.—Unamos otra vez nuestra voz á ese himno de cánticos, de murmullos y de perfumes con que la naturaleza dá gracias á Dios al apuntar el dia. Vuelve pues: la ausencia es el suplicio de los amantes. Vuelve si no quieres darme la muerte, si no quieres matarme poco á poco, lentamente, muy lentamente. No seas cruel, Raul; vuelve: te lo pido en nombre de la que te llevó en su seno y refrescó tus labios con el agua de la vida: te lo pido en nombre de la esclava que te meció en sus brazos lamentando en cantos melancólicos la ausencia de su patria; te lo pido en nombre de las niñas las que tanto amas, en nombres de tus compañeros de colegio á quienes llamas hermanos; te lo pido en nombre de tu tierra natal, en nombre de los pájaros, de las flores y de las mariposas, y sobre todo en nombre de Dios que está en todas partes, en la hoja del árbol y en el ala del insecto, en el balido de la oveja y en el perfume de la flor, en el grano de avena del desierto y en la gota de agua del océano, en la pluma de la golondrina y en el boton de la rosa, en el azul del cielo y en la luz de estrellas. ¡Oh! Porqué no estás aquí, á mi lado sobre mi corazon, á mis piés, entre mis brazos? Porqué no vibra en mi alma tu dulce voz cuyo timbre ha conmovido siempre las fibras de mi corazon, de este corazon vírgen é inmaculado, que te pertenece, que es todo tuyo, que no late sino por tí, que no quiere vivir sino para amarte? Porqué no oigo ya desde la ventana de mi aposento, con la mirada perdida en la vaga inmensidad de los cielos y de los mares, tus serenatas de amor cantadas en el silencio de la noche y á la claridad de la luna? Porqué no te abandono ya candorosamente mi mano como una prenda de mi fé y de mi ternura? ¡Ah Raul! Si estuvie-

ras á mi mi lado, una mirada dulce, una tierna sonrisa, una palabra cariñosa, el perfume de tus cabellos, el perfume de tu pañuelo, y el contacto suave de tu mano, me haría feliz...

Ya no estás aquí, y tu vida peligra, y la tempestad te amenaza, y el océano quiere sepultarte en sus profundos abismos! Oh Raul, Raul, porqué no esperaste los tiempos bonancibles? porqué te lanzaste al mar cuando el viento presagiaba la tempestad? Pero nó, no es verdad. Ayer tarde cuando partiste nada anunciaba la tempestad. La tarde era clara y apacible: el sol declinaba inundando de rojo y luminoso vapor las tranquilas aguas del mar y las praderas estrelladas de botones de oro. Estaba la atmósfera tan límpia, el aire tan ondulante...... Empezaba á reinar en la campiña esa calma profunda que acompaña á la hora melancólica en que luchan las primeras sombras de la noche con los últimos resplandores del dia.

Nosotros nos habíamos dirigido á la iglesia para presentar en ofrenda un ramo de flores blancas á María, la madre de Dios. Yo llevaba trage blanco ceñido á la cintura con una preciosa cinta azul que tú me regalaste el dia de mi santo. El dulce y triste tañido de la campana se columpiaba en el espacio: aquel canto de alegre melancolía era el toque del *Angelus*, la oracion de la tarde. Un rayo del sol poniente, penetrando por las vidrieras de colores de la cùpula, caía sobre el altar à cuyo pié estábamos de rodillas y formaba en torno de nuestra frente una fantástica diadema resplandeciente de oro, topacio, esmeraldas, púrpura y azul. Aquel rayo, vivamente teñido con los colores del iris, hacía resaltar el brillo de los jarrones de la China, de los candelabros de plata que decoraban el tabernáculo y de las piedras preciosas que adornaban el trage de la Vírgen María, trage que yo he bordado en mis horas de amor y felicidad, teniéndote á mi lado y á mis piés.

Las brisas vespertinas que murmuraban en las copas ondulantes de los cipreses traian hasta nosotros el sonido de los cuernos de los pastores entre las montañas, el sonido monótono de los cencerros de las vacas que regresaban á los establos, el balido de las ovejas, el ladrido de los perros que guardaban el ganado, las lánguidas cadencias de la gaita de los montañeses y el eco lejano de las canciones lentas y sencillas de los marineros y de los pescadores.

A estas armonías se mezclaba el triste arrullo de una tórtola posada en la cruz del campanario, las modulaciones del ruiseñor que cantaba la poesía de sus amores en una de las aberturas del mismo campanario, y el murmullo quejumbroso y adormecedor de los saltos del agua de la fuente que corre junto á la entrada de la iglesia.

Las niñas y las muchachas de la aldea arrodilladas ante los altares cantaban la plegaria de los navegantes con voz conmovedora y melodiosa. Aquellos sonidos divinos, aquellas notas vibrantes que no parecían producidas por la voz humana, hacian flotar nuestro corazon en una atmósfera tan misteriosa, tan dulce, tan suave, que suspendiendo nuestra alma en el vacio y dilatando nuestro pecho como si respirásemos un mundo de sensaciones desconocidas, nos inspiraban voluptuosa sensacion de bienestar inesplicable. Gruesas lágrimas corrian por nuestras megillas.

¡Oh augusta religion, cuán grande eres! ¡Cuán dulces sois, oh alegrías de la religion de mis padres y de mi amante! Nosotros, Raul, nos hallábamos en uno de esos momentos solemnes llenos de misterioso éstasis, en los que siente el corazon un reflejo de la felicidad de los cielos, y que son la eternidad en un minuto; momentos ternísimos y conmovedores en los que la razon suspendida entre esa vaguedad del crepúsculo que precede al sueño ni juzga ni piensa, y el alma desprendida de todo cuanto es terrenal vuelve al seno de donde salió: Dios.

¡Oh Raul, Raul! qué poeta, qué pintor podrá bosquejar jamás esos dulces trasportes, esas emociones desconocidas que gustamos ayer tarde en la iglesia de la aldea entre el perfume de las flores y las nubes de humo del aromático incienso, al resplandor de las antorchas y al melancólico clamor de las campanas.

Cuando salimos de la iglesia ya el sol se había ocultado y los sombras de la noche empezaban á caer: ya los cantos de los pastores se habian estinguido poco á poco en el bosque y las ganados bajaban de las montañas al son melancólico de las campanillas.

Antes de bajar de la colina nos detuvimos junto al tanque donde vienen á beber las vacas y contemplamos con dulce tristeza los últimos rayes de luz de aquel dia tan apacible.

El valle adquiría un tinte sombrío. Las tintas rosadas de los vapores de la tarde reverberaban en las casitas diseminadas aquí y allí como palomas en el prado. Sonidos armoniosos se desprendian de las cuerdas del arpa eólia que construiste en el terrado de nuestra casita. Aquellos sonidos, remedo fiel de nuestras palabras de amor, eco de nuestros suspiros enamorados, nos hicieron llorar. ¡Oh Raul, Raul! hay momentos indescribibles en los que la vida se derrama á torrentes.

Tu alzabas los ojos hácia el cielo lleno de estrellas como nuestro corazon lleno de amor, y luego inclinando tu frente llena de magestuosa dignidad, descansabas sobre la tierra tu mirada llena tambien de resignacion divina, de angustia sin nombre, de amargura infinita.

Desde allí veíamos el navio que se balanceaba con gallardía en las aguas, desplegando pomposamente todas sus velas hinchadas que los últimos destellos de la tarde tenian de indefinibles matices. Guirnaldas de verdura y ramos de flores húmedas aun de los besos de las primeras horas de la mañana festonaban con profusion el castillo de popa. Los marineros vestidos de gala preparaban á levar el ancla entonando esas tristes canciones de despedida al hogar y á la patria, cuyas notas perdidas, cuyo eco lejano derraman en el corazon olas de melancolía.

A la vista del navio, al murmullo de las quejumbrosas cantinelas de aquellos hombres de mar, sentí mi pecho próximo á estallar. Faltáronme las fuerzas y para no caer tuve que apoyar mis manos trémulas y palpitantes en tus manos tambien trémulas y palpitantes.

Bajamos luego lentamente, silenciosos y afligidos, y nos dirijimos á la playa por la orilla del rio, cuyos árboles proyectaban sus sombras temblorosas en la superficie de las azuladas ondas.

Próximos á la costa distinguíamos aun los sonidos armoniosos que se desprendian de las cuerdas del arpa eólia al contacto de las brisas del crepúsculo.

En la playa nos esperaban los pastores y todas las niñas y las jóvenes de la aldea. Las niñas arrojaron flores á nuestros piés, las jóvenes te regalaron lindos escapularios y los pastores te ofrecieron tortas y botellas de vino. Tú, con-

movido, besabas á las niñas, abrazabas á los pastores y estrechabas las manos de las zagalas y pastorcillas.

Habia llegado el momento de partir, el momento solemne de los últimos abrazos, de los últimos besos, de las últimas palabras de consuelo y simpatía.

Sin exhalar una queja, ni un grito, sin derramar ni una lágrima, te estreché contra mi corazon y recibí en mi frente helada tu último beso, tu beso de despedida......

Raul! Raul! Hay dolores tan profundos que paralizan los movimientos, y detienen la circulacion de la sangre y anudan la garganta.—Los grandes dolores no tienen lágrimas.

....

Ya era la noche. El reflejo de las estrellas claras y titilantes temblaba debajo de las aguas. Las barquillas de los pescadores que rodeaban el navio, al que iban á acompañar hasta mas allá del horizonte, se iluminaron de repente con hachones de pino que despedian columnas de humo blanco y aromático y cuyo resplandor prolongándose de onda en onda llegaba hasta la costa.

Tambien los pastores colocaron sobre candeleros rústicos de sauco velas de resina que formaban en la ribera una línea de fuego, y cuyos rojos penachos balanceándose caprichosamente á impulsos del viento de la noche, proyectaban sus resplandores hasta las casitas de la aldea.

A la luz de los hachones y de las velas de resina mil gotas de oro, mil rubíes fosforescentes saltaban de la espuma de las olas, y los granos de arena de la playa parecian perlas y esmeraldas, topacios y lentejuelas de plata.

Yo me arrodillé sobre el musgo de la punta de un peñasco y tendí mis manos suplicantes hàcia tí. Mi suelta cabellera ondeaba al soplo de las brisas marinas.

Cuando te ví sentado en el bote blanco de franjas verdes que te llevaba al navio, me pareció que te reclinabas en una nube de plata rodeada de una aureola de esmeralda que los ángeles hacian flotar sobre la superficie de las aguas, y cuando subiste á bordo por la escala de seda que adornaban guirnaldas de pámpanos y hojas de encina creí que ligero é impalpable te elevabas al cielo.

Un ruido de cadenas que en el silencio de la noche el eco repitió de un modo lúgubre y siniestro de roca en roca,

de montaña en montaña, anunció que el navio levaba el ancla. Aquel estrépito vibró en mi oido como el estampido del rayo, penetró en mi pecho como la hoja helada del puñal y desgarró las fibras de mi corazon.......

El navio surcó magestuosamente la inmensidad de las aguas cargadas de fósforo, haciendo saltar multitud de diamantes líquidos que parecian esas lucesitas fugaces que brillan en los cementerios al contacto delviento. Las barquillas de los pescadores siguieron las huellas del navio que me arrebataba mi corazon, mi alma, mi todo.

Entónces las niñas y las jóvenes, arrodillándose unas sobre la arena, y otras sobre las rocas, cantaron la plegaria de los navegantes, á cuyo himno de dolor correspondieron los marineros con el triste canto de despedida.

De pié sobre el castillo de popa, entre las guirnaldas de verdura y los ramos de flores, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, con triste sonrisa y frente pensativa, contemplabas inmóvil á tu Lucía, á tu novia, que arrodillada sobre el musgo de la punta de un peñasco, vestida de blanco con la cabellera destrenzada, á orillas del mar dormido y apacible, alumbrada por la rojiza claridad de los hachones de resina, con las manos suplicantes tendidas hácia tí, destacándose sobre el color blanco de la arena de la playa y sobre el fondo verde de los árboles, doblegaba la cabeza abrumada por el peso del dolor de los dolores. Así permanecimos una hora que duró un siglo.

Cada balance del navio, cada ráfaga de viento me ocultaba una línea de tus facciones, un perfil de tu hermoso semblante. El canto de los marineros se iba apagando gradualmente.

La luna-llena asomó al fin su lindo semblante entre las cortinas de armiño de su lecho de nácar salpicadas de estrellas de oro. Tierna amiga de los amantes y de los poetas, se levantaba para saludarnos con una sonrisa y alumbrar por última vez el cuadro de nuestro amor.

Abismados en uno de esos éxtasis en que el alma no pertenece á la tierra, nos contemplábamos fijamente al traves del velo de nuestras lágrimas.

¿Qué palabras hubiéramos pronunciado que tradujesen

mas fielmente que aquella mirada nuestros transportes de amargura?

La pluma negra que yo habia prendido en tu sombrero con un cintillo de diamantes el dia de tu cumpleaños, ondeaba con suave estremecimiento sobre tu frente. Las antorchas que rodeaban el navío y cuyos penachos semejaban al principio un círculo de fuego, parecian en lontananza una corona de estrellas de oro. Bien pronto se eclipsaron estas luces en los bordes del horizonte, ocultándose luego gradualmente la quilla del navío.

Entonces los pastores que distinguieron aun la tierra natal, treparon los árboles agitando sus hachones que se ofrecerian á tu vista como estrellas oscilantes pendientes de las ramas.

A poco ya no veíamos sino las extremidades de los mástiles. Luego solo descubrimos entre los vapores del horizonte una línea blanca casi imperceptible. Un momento mas y ya no distinguimos nada. ¡El navío habia desaparecido!...

Entonces me pareció que se rompia el hilo de mi vida, que mi cabeza bamboleaba sobre el abismo de la eternidad, que mi corazon lleno de vértigo flotaba en el vacío, en la nada......

Súbitamente, una claridad vivísima que desapareció al momento iluminó como un relámpago el ancho horizonte. Transcurridos algunos instantes, el viento de la noche trajo hasta nosotros un ruido sordo y prolongado semejante al lejano estampido de un trueno: era el eco de un cañonazo que el navío acababa de disparar para saludar por última vez la costa de la patria.

Llamé entonces á los pastores y encendimos una inmensa fogata en la punta del peñasco donde yo habia estado arrodillada. Una columna de fuego se levantó hasta el cielo tiñéndola de brillante çolor de púrpura y lanzando en el espacio densas nubes de humo quc la luna plateaba fantásticamente. Aqnellas llamas que alumbraban toda la costa, aquellas lenguas de oro que lamian la cortina azul que cubre los misterios de la eternidad, eran mi última señal de despedida......!

Y tú, Raul, al distinguir el rojo resplandor y la columna de humo de la hoguera, esclamarías gozoso:

—"Ese resplandor es el fuego del amor de mi Lucía, que alumbra los bosques, los mares y los cielos: esa nube aérea es el alma de mi novia que se remonta en el espacio para sonreirme aun."

Entonces, Raul, tú correspondiste á la señal de mi última despedida con tu última señal de despedida.

Líneas de fuego surcaron el horizonte elevándose al cielo y cayendo despues sobre la mar en forma de lucesitas verdes, rosadas y azules que imitaban la caida de una rosa que se deshoja.

Aquellas líneas de fuego, aquellas brillantes lucesitas de colores, eran los cohetes que disparabas desde el navío, eran tus últimos pensamientos de amor, tus últimas miradas, tus últimas sonrisas, tu último saludo, tu último adios......

....

No sé el tiempo que permanecí en la playa. Yo no tenia conciencia de mí misma: yo no sentia nada. Todo mi ser se habia desvanecido en la impalpabilidad, en la inmaterialidad de la no existencia......

Mi padre, haciéndome apoyar en su brazo, me condujo á nuestra casita. Yo andaba maquinalmente, sin saber á donde iba. No sé si papá me habló, porque yo no oia nada. Tal vez conociendo la ineficacia del consuelo en aquellos momentos, no pronunció palabra alguna.

Apenas llegué á mi alcoba, encendí una lámpara á la imágen de la Vírgen, y arrodillándome, con la frente ligeramente inclinada sobre el hombro izquierdo, con los brazos cruzados sobre el pecho, con los ojos clavados con suave inflexion hácia el cielo, oré por tí con todas mis fuerzas, con todas mis ansias, con toda la fé de mis creencias.

Yo habia dejado abierta la ventana que cae al mar para que los pescadores que te acompañaron hasta mas allá del horizonte me distinguieran al regresar y se dirigiesen á mí. Yo los esperaba anhelosa, porque queria tener noticias tuyas, porque queria que me hablasen de tí, porque queria que me repitieran tus últimas palabras.

Las estrellas me sonreian, las brisas marinas me acariciaban, y la luna, esa dulce amiga del corazon que ama y padece, pálida y radiante, hermosa y melancólica, derramaba sus perlas y sus diamantes sobre mi trage blanco, sobre mis

hombros, sobre mis brazos, sobre mi seno, sobre mi cuello y sobre mi cara bañada de lágrimas.

En medio del éxtasis de mi plegaria, mi corazon recogia los sonidos armoniosos que el viento de la madrugada hacía brotar de las cuerdas del arpa eólia. Aquellos sonidos me parecian el eco de tu voz que pronunciaba mi nombre, el canto de los ángeles que bendecian nuestro amor.

Al primer albor del dia los pescadores llegaron al pié de mi ventana. Corrí hácia ellos y recibí llorando el pañuelo que yo misma he bordado, y que tú me enviabas como tu último recuerdo. Llevé el pañuelo á mi corazon y á mis labios, y lo cubrí de besos......

El pañuelo que conservaba el perfume de tus cabellos, estaba mojado. Tus lágrimas lo habian empapado con el rocío del amor.

A poco, el viento sopló con fuerza y apagó la lámpara. Me puse en piè, y al cerrar la ventana ví que el dia amanecía triste y frio. El cielo se nublaba y el trueno retumbaba á lo lejos.—Entonces me puse á escribir esta carta, que echaré esta noche en el correo y que tú recibirás á los dos ó tres dias de tu llegada.

¡Oh Raul, Raul! Yo tiemblo por tí! Apenas hace doce horas que nos despedimos en la playa y ya los bramidos lejanos de la tempestad vibran entre estas montañas!—Pero no, no: yo no debo temblar. Dios no te abandonará......

Voy á cerrar esta carta para orar por tí, mi querido Raul.

Adios, Raul, mi dulce amigo, mi único amor. Adios, mi corazon, mi alegría. Adios por última vez.—Una palabra aun y concluyo; una palabra no mas, que encierrà toda la historia de mi vida, el poema de mis lágrimas: ¡Raul, yo te amo!—Adios otra vez. Adios, adios. No olvides á tu novia á tu—*Lucía.*

P. D.—Te envío dentro de esta carta una rosa blanca entreabierta en mi jardin y cuyas hojas he besado llorando: bésalas tú tambien, Raul mio: busca en esas hojas las huellas de mis lábios.

II.

¡Raul! Raul! qué es lo que pasa por mí? Estoy demente? Es una alucinacion de mis sentidos, una fascinacion de mi cerebro?...... Mi razon se estravia, me vuelvo loca. ¡Oh delirio insensato! ¡Oh vértigo espantoso!—¡Alejaos, fantasmas vanos y quiméricos que mi mente ha forjado en su febril exaltacion!

He estado ocho dias enferma, Raúl: he creido morir. ¡Enferma, y yo no te veía aquí para que me cuidaras, para que pasaras las noches al lado de mi cama, para verte, para oirte, para hablarte! Próxima á morir, y tú no estabas aquí para que lucharas con la muerte que me amenazaba, para que me volvieras á la vida!......

Pero ya estoy convaleciente, Raul; ya puedo escribirte despues de haberlo intentado veinte veces. Aunque mi mano tiembla, aunque apénas puedo sostener la pluma, entre mis dedos, mi voluntad me dará fuerzas para dominar la debilidad del organismo. Voy á trazar poco á poco estas líneas, que son la historia de ocho dias de sufrimientos, de fiebre, de agonía.

Escucha, Raul. Apénas cerré mi carta anterior, primera perla del collar de nuestra correspondencia, caí de rodillas ante la imágen de la Vírgen María. Yo oraba, oraba con

fervor, con entusiasmo, con vehemencia. Así pasaron dos, tres, cuatro horas.

Entretanto el viento crecía por instantes, el dia adquiría un aspecto mas triste y sombrío, el calor era cada vez mas sofocante, y las nubes que al amanecer figuraban copos de lana y bucles de escarlata y de color de naranja ó manzana dorada iban tomando la apariencia de montañas negras que se aglomeraban unas sobre otras. El trueno, que al primer albor de la mañana era seco y sin vibracion, resonó luego sordo y prolongado entre las montañas.

A cada empuje del viento que agitaba con violencia la ventana, á cada ráfaga de luz que me deslumbraba y me envolvía en una atmósfera de fuego, á cada estampido del trueno que estremecia la tierra y hacia temblar la casita en todas sus bases, me sentia sobrecogida de santo horror.

La lluvia bajaba á torrentes, y el mar que se estrellaba con ruidoso estrépito contra las rocas, amenazaba inundar el valle.

Yo oía asustada las roncas carcajadas y los lastimeros y prolongados gemidos que remedaba el viento colándose con ímpetu entre los corredores de la iglesia y perdiéndose en el campanario.

Habia en aquel grandiose desórden do la naturaleza un no sé qué tan lúgubre y siniestro que paralizaba la sangre en mis sienes y helaba mi corazon.

El viento de la tempestad rompia una tras otra las cuerdas del arpa eólia y agitaba bramando la campana de la iglesia cuyo fatídico tañido llenaba vagamente la atmósfera.

Aquellas cuerdas que se rompian me arrancaban gritos de dolor, porque me parecian los ùltimos gemidos de nuestro amor, y aquel tañido me llenaba de pavor; porque sonaba en mi oido mas fúnebre aun que el eco lejano de la campana que toca lentamente el doble de muertos en el silencio de una noche sombría.

El terror hizo bullir en mi mente mil pensamientos estraños, hizo zumbar en mis oidos voces desconocidas, hizo girar en torno mio sombras ilusorias, fantasmas vanos. Tuve miedo y cerré los ojos. Sentí frio, temblaba, mis dientes chocaban, mi frente se humedecia. Yo tenia calentura, la calentura del miedo y del terror.

En medio de mi enagenamiento creí oír sordos cañonazos que rebotaban en las rocas y en las montañas. Me pareció que el génio de la muerte impalpable é invisible, me decia que ibas á naufragar. Entónces me figuré que desolada y fuera de mí corria á la costa, y que de pié sobre la punta del peñasco mas elevado, distinguia vagamente á través de la lluvia y de la espesa niebla, un navio desarbolado, el navio en que habias partido......!

Creí que en aquel instante llegaban á la playa los soldados, los pastores y todos los habitantes de la aldea, que los ancianos, los niños y las mugeres se arrodillaban llorando y sollozando con las manos suplicantes estendidas hácia el cielo, y que yo pidiendo socorro, caia de rodillas á los piés de los pastores y de los soldados, que tambien lloraban porque no podian prestar ningun auxilio al navio que no se veia sino á la luz de los relámpagos. Las montañas de agua espumosas y encrespadas que se abalanzaban bramando sobre la ribera nos hacian retroceder á gran distancia.

El cielo estaba tan ennegrecido y tenebroso, la atmósfera tan oscura y la lluvia tan abundante que no se distinguían los objetos á cien pasos.

Pasó un cuarto de hora. En vano los soldados hacian descargas de fusilería; no se oia nada: los cañonazos del navio habian cesado......!

¡Raul! Todas aquellas imágenes eran fingidas, hijas de mi terror!

Creí luego que el mar estaba tranquilo y descansaba en la ribera como un mónstruo fatigado, que oia ruido de tambores destemplados, que los buques surtos en la bahía disparaban cañonazos de minuto en minuto.

Creí que veia un destacamento de tropa con los fusiles á la funerala y con los atambores cubiertos de crespones, saliendo de la iglesia con direccion al cementerio, siguiendo á los niños, á las mugeres, á los mozos y á los ancianos que rodeaban un féretro negro cubierto de flores.

Y todo era, Raul, delirio de mi imaginacion aterrada, estravíos de mi mente!

Luego me pareció que yo vagaba entre los panteones de mármol de un magnífico cementerio, cuyo rosales, cuyos sáuces del desmayo, cuyos jarrones de flores le daban el as-

pecto de un jardin bellamente sombrio, donde reinaban siempre, siempre, las tranquilas y apacibles noches de la primavera alumbradas por la suave claridad de la luna que brilla en el dulce y perfumado cielo de abril y mayo. Las estátuas levantaban lentamente el brazo para señalarme tu sepultura que se distinguía entre un bosquecillo de cipreses y pino de Italia cuyas largas sombras se proyectaban sobre las blancas paredes de los mausoleos.

La estátua que decoraba tu sepultura representaba una jóven desnuda, con la cabellera destrenzada que caia en forma de cascada sobre sus hombros y se estendía ondulosa hasta besar sus piés, coronada de pámpanos dorados y florecillas azules, pulsando una lira, con los ojos elevados hácia el cielo, apoyada en una losa blanca donde se veia grabado con color azul este nombre:—"Raul."

Las facciones de aquella estátua eran una produccion fiel y exactísima de mis facciones: tenia mis piés, mis manos, las mismas formas de mi cuerpo.

En el pedestal de tu sepulcro ardía una pira de maderas olorosas y bálsamos aromáticos cuyo humo formaba una nube dulce, aérea, que flotaba en torno de la lámpara y que jamás se desvanecía.

Un chorro de agua fresca y cristalina saltaba de cada ángulo de tu mausoleo, produciendo en el silencio de la noche, al caer sobre las tazas de mármol, un murmullo solemne, quejumbroso y delicioso.

Los tristes arpejios de los ruiseñores ocultos entre los cipreses se mezclaban al lánguido y meláncolico rumor de los sáuces y al de los armoniosos pinos que imitan el suave susurro de la lluvia.

Una música llena de tristeza y ternura, que conmovía y hacia llorar, y cuyos sonidos, ecos del cielo, no se parecian á los sonidos de la tierra, se desprendía apacible del laud que pulsaba la estátua de tu linda tumba.

Multitud de lucesitas fosfóricas brillaban en la tierna y fina yerba que esmaltaba las orillas de tu lecho funerario.

Súbitamente se trasparentó tu sombra en medio de vivísimos resplandores de color de esmeralda en la losa de mármol donde estaba esculpido tu nombre. Sonriendo como sonrien los niños en la cuna y las vírgenes cuando aman

por primera vez, me señalaste el cielo, nuestra celeste patria. Yo caí en tus brazos trémula y palpitante con el corazon lleno de amor:—Entonces la tumba se trasformó en un lecho de flores frescas y lozanas que embalsamaron el ambiente del cementerio con el mas esquisito y delicado perfume. Un vapor luminoso que reflejaba los colores del topacio, del rubí, de la púrpura y de la esmeralda, brotó de la tierra envolviéndonos en una nube ligera y llena de aromas.

Entonces de cada estrella se desprendió una lucesita azul cuyo conjunto descendió sobre el cementerio, vagando entre los rosales y los sáuces y sobre las estátuas y las flechas de los pinos y de los cipreses.

Súbitamente, abriéronse las puertas de los sarcófagos, dando paso entre resplandores brillantes como el reflejo del sol sobre las hojas de los árboles, á hermosas vírgenes vestidas con trages de trasparente gasa blanca, coronadas de azucenas, cuyas cabelleras flotantes y aéreas despedian un brillo azul semejante al del nácar.

Aquellas vírgenes se agruparon en torno nuestro y arrojándonos los ténues velos de céfiro que las cubrian misteriosamente, se entregaron al grato placer del baile, pulsando sus laudes y sin poner en el suelo sus pies desnudos y blancos como el marfil.

Apénas nos vimos envueltos en aquellos velos de gasa sentimos que nos elevábamos lentamente hácia el cielo rodeándonos el vapor luminoso que continuaba brotando de la tierra y que marcaba las huellas de nuestra ascension.

A medida qne subíamos esperimentamos, primero una sensacion agradabilísima de frescura y bienestar, y luego cierto malestar indefinible.

Había tanta ligereza en todo nuestro ser que nos meciamos en el aire como el humo, como las nubes, como las burbujas de jabon, como los globos aereostáticos.

La circulacion de la sangre se aceleraba, el corazon palpitaba con violencia, las venas de las sienes latían con fuerza, y la respiracion llegó á ser tan anhelosa que teníamos que entreabrir los lábios, dilatar las alas de la nariz y ensanchar el pecho para aspirar lentamente y con angustia el airecillo abrasador de aquellas regiones que apenas movía la punta de mis cabellos. Reinaba en la atmósfera un silencio tan absoluto y solemne que inspiraba miedo.

El cielo iba adquiriendo un azul mas espléndido, mas intenso hasta que adquirió el color negro.

Nosotros repetíamos alternativamente los nombres e Raul y Lucía, pero el sonido de nuestra voz era tan débil que parecía que hablabamos muy quedito.

Entretanto el cementerio desaparecía gradualmente de nuestra vista. Las lucesitas azules que vagaban entre los rosales y los sáuces y sobre las estátuas y las flechas de los pinos y de los cipreses, volvieron al seno de las estrellas de donde se habian desprendido.

Las vírgenes que bailaban al rededor del lecho de flores en que se habia trasformado tu mausoleo, perdian sus formas desvaneciéndose en un vapor dorado lleno de perfumes que á su vez se desvanecia en el espacio despues de haber pasado sucesivamente del color amarillo al color de naranja, del anaranjado al rojo, del rojo al rosado, del rosado al violado, del violado, al azul, del azul al verde y del verde al color del oro y del topacio. Los panteones fueron desapareciendo hasta que se confundieron en el color negro que teñía la vaga inmensidad del espacio.

Yo no sé el tiempo que permanecimos suspendidos y flotantes en el aire. De súbito, los velos de gasa que nos envolvian se rasgaron y sentí que yo descendía miéntras tú continuabas elevandote en el vacio, no arrebatado en un carro de fuego como Elias, sino en virtud de la fuerza misteriosa, desconocida, sobrenatural, que hasta entónces nos habia sostenido. Yo estendia mis manos hácia tí, y tú sonriendo, te alejabas, te alejabas, señalándome el cielo. Pronto te perdí de vista. Entónces miré hácia abajo y vi un mar alborotado que hacía juguete de sus olas un navio sin mástiles. Al resplandor de los relámpagos te distinguí entre los tripulentes que estaban arrodillados y con los ojos y las manos en actitud suplicante. Tú estabas de pié junto al timon con la mirada triste pero con la frente llena de magestad divina.

Una montaña de agua se abalanzó bramando sobre el navio y te arrebató sumergiéndote en el mar.......!

Entónces me pareció que doblaban á muerto y que oia el canto fúnebre de los sacerdotes. A poco á la lúgubre claridad de un relámpago vi tu cadáver sobre la ribera...... En aquel instante cai á tu lado dando un grito y perdiendo el conocimiento............

En efecto, Raul, yo me habia desmayado y no salí de mi estupor sino seis horas despues segun me han dicho, para caer en el delirio de la calentura.

He estado cuatro dias sin tener conciencia de mí misma, pero no te asustes, Raul, ya estoy convaleciente aunque todavia me encuentro débil y moribunda, aunque todavia mi sueño es intranquilo y lleno de sobresaltos.

¡Raul! Raul! Esas imágenes fingidas, hijas de mi delirio, esos estravios de mi mente, aquellos fantasmas vanos y quiméricos que yo forjaba en mi febril exaltacion, aquellas voces desconocidas que zumbaban en mis oidos, aquellas sombras ilusorias que giraban en torno mio, aquel vértigo, aquel delirio insensato, aquella alucinacion de mis sentidos era acaso... ¡oh Raul mio! el presentimiento de tu muerte?... ¡qué horror!

¡Oh! qué es lo que pasa por mí? qué inquietud es esta que me devora? porqué esta incertidumbre? porqué este temor? porqué no puedo desechar de mi memoria el recuerdo de esa fascinacion de mi cerebro, recuerdo horrible que pesa sobre mi pecho como una pesadilla en una noche de fiebre?

¡Ah Raul! Ni aun el sueño es para mí balsamo reparador del espíritu agitado! Hace dos noches soñé que estaba orando arrodillada al pié de la imágen de María. Era media noche, la hora sombría de los fantasmas. En medio de mi plegaria un fuerte golpe dado en la puerta de la calle retumbó en toda la casa de un modo estraño y siniestro. Pálida, convulsa, llena de miedo, me levanté para asomarme á la ventana, pero me detuve al oir ruido de pasos en la escalera que conduce á mi alcoba. Por un instinto magnético te vi con los ojos del alma, y sin asomarme á la ventana, sin abrir la puerta, adiviné que estabas allí y que te dirijías hácia mí. A poco abrióse la puerta por sí misma y tú te presentaste en el umbral, pálido y triste, llevando en una mano el sombrero cuya pluma negra yo habia prendido con un cintillo de diamantes los que en aquel momento despedian brillantes chispas de colores fantásticos. Al verte me arrojé en tus brazos, pero no pude estrecharte contra mi pecho porque eras impalpable como el vapor é inmaterial como el aroma, eras una sombra, un espectro, un fantasma!

Me hiciste con triste ademan una seña suplicante para

que te siguiera y empezaste á bajar la escalera. Yo te seguí lentamente, fascinada, arrastrada hácia tí por una atraccion invencible, irresistible, sobrenatural. Pasamos por el gabinete de estudio de mi padre, por la sala y el corredor á través de las puertas y de las paredes que se separaban delante de nosotros y que se cerraban por sí solas despues de habernos dado paso. Sin tocar la puerta, sin mover los piés, cruzaste las calles de la aldea solitarias á aquella hora, y trepaste por los senderos de la montaña volviendo con frecuencia la cara hácia mí. Yo seguía tus huellas sin oir el ruido de mis pasos sobre las hojas secas que cubrian el suelo.

La noche era oscura y helada, empero aquella oscuridad no existía para nosotros, fantasmas errantes, porque veíamos á través de los troncos de los árboles, porque á nuestra vista las montañas eran trasparentes y diáfanas las casas. La pálida claridad de los diamantes del cintillo de tu sombrero nos alumbraba con sombria luz. Un océano de nieve limitaba el horizonte por todas partes. Las cimas nadaban en un vapor fúnebre y pardo.

A orillas de un rio me detuve espantada. Entónces me ofreciste tu mano, á cuyo contacto temblé largo tiempo porque tu mano estaba fria como el mármol de los sepulcros, helada como la nieve que caia en aquellos momentos. Alzaste luego la mano izquierda, como Moisés levantó su vara á orillas del mar Rojo y las aguas del rio se separaron franqueándonos el paso. Una vez en la otra orilla desapareciste repentinamente exhalando un lastimero gemido. Miré en torno mio y vi no muy lèjos una selva negra que se destacaba sobre el fondo oscuro de la noche.

Acerquéme temblando á aquella selva lúgubre y silenciosa. Entónces una claridad ténue, vaga, indeciva y opaca se desprendió de las grietas de la tierra y un olor de azufre se estendió por aquellos lugares.

De repente se entreabrieron los troncos de los árboles dando paso á una falange de esqueletos cuyas órbitas despedian llamas, y cuyos huesos crujian con un ruido seco y siniestro. Aquellos esqueletos galvanizados se dieron las manos descarnadas y se entregaron á un baile agitado, diabólico, infernal. Luego cada esqueleto cogió una azada, y ahullando como los perros en una noche de tempestad, cavaron una fosa.

Oyóse de súbito un golpe metálico que repitieron todos los ecos, y la tierra se entreabrió al pié de los árboles despidiendo llamas de azufre entre cuyos torbellinos de humo se desvanecieron los esqueletos.

Reinó entonces el silencio y la oscuridad. A poco una luz suave se desprendió de la fosa que habian cavado los espectros. Me acerqué!...... ví un cadáver...... dí un grito y desperté...... ¡Oh, qué sueño tan espantoso, Raul!

Escucha aun, amigo mio. Soñé anoche que yo estaba vestida de blanco en medio de florestas y jardines deliciosos, tejiendo mi corona nupcial con las cándidas azucenas de los valles y las rosas silvestres de las montañas, sentada junto á un lago tan cristalino que se veía claramente el lecho verde donde dormia el agua entre flores. El ambiente era suave y embalsamado con el perfume de los naranjos en flor, y el cielo esmaltado de estrellas estaba teñido de purísimo azul.—Una voz vibrante y argentina pronunció mi nombre. Derramé mis miradas en torno mio, y ví á mi lado un ángel desnudo, blanco y sonrosado, de rostro candoroso y dulce, de ojos negros y amorosos, que me señalaba el horizonte con su linda mano.

¡Ah! Allí, en el horizonte, Raul, se dibujaban tus formas aéreas y poéticas sobre una nube de plata. Tú me mirabas con la mas cariñosa de las miradas, y me sonreia con la mas tierna de las sonrisas.

El ángel asió mi mano y me condujo á orillas de un rio donde yo habia estado al toque de oraciones contemplando el curso vagamundo de sus aguas.

El hermoso niño me tomó en sus brazos y nos embarcamos en una barquilla dorada con nubes de púrpura impelida por la brisa cargada de perfumes. La barquilla se deslizaba suave, apacible, sin movimiento, sin oscilacion, deteniéndose despues de una hora de viage al pié de una elevada roca cubierta de verde musgo y plantas marinas.

Subimos á la punta de aquel peñasco y desde allí contemplamos un estenso valle que ostentaba pomposamente todo su exhuberante verdor, que lucia con el espléndido brillo de la lozana y soberbia vegetacion primaveral.

En medio de aquel valle surcado por riachuelos se destacaba un bosquecillo de sáuces, á través de cuyas ramas

veíamos vagamente rostros preciosos, cabelleras de oro, piés, lindísimos, guirnaldas de flores y cirios color de rosa.

Un ligero estremecimiento conmovió mi corazon á la vista de aquel bosquecillo. Apoyada en el hombro del ángel me dirijí hácia aquel sitio encantador. Llegué, aparté las ramas y doblé la rodilla.

En el centro del oásis se elevaba un túmulo de rosas rodeado de ángeles que en diversas y académicas actitudes estaban sentados sobre una alfombra de terciopelo negro salpicada de perlas y lágrimas de plata.

Sobre aquel túmulo, alumbrado por la luz azulada de cien cirios perfumados de ámbar, estaba tu féretro, blanco como el de una doncella. Era tal la tranquilidad de tus facciones, conservaba de tal manera la hermosura de tu noble rostro, era tan plácida la sonrisa de tus lábios teñidos aun con el carmin de la fresca y lozana juventud, habia un no se qué tan dulce, tan resignado y al mismo tiempo tan risueño esparcido en tu fisonomía, brillaba aun en tu rostro de tal modo ese carácter indefinible de gracia y grandeza que te distinguia siempre, que yo no te creí muerto sino dormido.

Yo te contemplaba á traves de mis lágrimas, llamándote con los mas dulces nombres. Empero tú permanecias sordo á mis ruegos, á mis sollozos. Tomè tu mano entre las mias é imprimí en ellas el último beso de despedida.

La frialdad de tu mano yerta é inmóvil se comunicó á mi cuerpo; mi corazon se heló. Sentí un frio tan penetrante en todo mi ser, que me arrancó un grito de dolor...... Entonces desperté. ¡Oh! qué pesadilla!

Ya ves, Raul, que ni el sueño es para mí bálsamo reparador del espíritu agitado. Mi buen padre, el médico y el cura de la aldea me dicen que yo pertenezco á ese corto número de séres dotados por el cielo de un temperamento notablemente nervioso, vivamente impresionable, y de una sensibilidad estraordinariamente esquisita. Tambien me dicen que la causa de mi desmayo el dia de la tempestad no fué solo la violencia del pesar de verme separada de tí por primera vez, sino tambien la influencia de mi imaginacion alemana que en el delirio, en el parasismo del dolor se complace en dar mayores dimensiones á ese mismo dolor revistiéndolo con los mas lúgubres colores.

Conozco, Raul, que soy muy impresionable, que mi imaginacion viva y ardiente aumenta la intensidad del dolor, pero yo creo y me parece que papá, el médico y el cura de la aldea lo creen tambien aunque lo ocultan para no matarme, que el presentimiento tiene una gran parte en mi amargura. El corazon me dice que te ha sobrevenido una gran desgracia, y tú sabes, mi tierno amigo, que el corazon de una madre ó de una amante se engaña pocas veces.

Tus cartas tan solo, Raul, pondrán término á esta inquietud cruel, á esta incertidumbre mortal. Escríbeme, y escríbeme mucho, amor mio. No olvides que yo padezco, que cada minuto de silencio por parte tuya es una hora de dolor para mí, pobre tórtola abandonada que llora la ausencia de su compañero. Escríbeme bastante, Raul, y con frecuencia. Háblame de tus paseos solitarios, de tus meditaciones, de tus nuevos amigos, de tu viaje, de tus horas de soledad, de tus estudios, de los pueblos que has recorrido, de tus impresiones, de tus recuerdos, de tus pesares, háblame de todo, Raul, de todo. No me ocultes nada, ni tus lágrimas ni tus temores, ni tus presentimientos. Quiero conocer todos tus pensamientos, quiero penetrar en lo mas íntimo de tu corazon, quiero ver tu alma como si fuese un fanal trasparente, quiero leer hora por hora el diario de tu vida, el libro de tu historia doméstica, el registro de tus sentimientos.

Vuelve pronto, corazon mio. Vale mas vivir con ilusiones, con ensueños y esperanzas que con recuerdos. Vuelve á tu nido, golondrina errante, vuelve: tu compañera te aguarda en la grieta del peñasco donde naciste. Fiel como el perro te espero en el mismo lugar donde me dejaste. Acude presuroso á los brazos de los que te aman, de los que te admiran, de los que no se olvidan de tí, de los que á cada instante pronuncian cariñosamente tu nombre.

A penas mis ojos te vean aquí ya mi corazon no estará enfermo y tornará á la vida. Vuelve porque yo no quiero morir. Sabes porque anhelo vivir? para amarte. Sabes que espero viviendo? ser siempre amada por tí. Sabes que aguardo, aquí, en la tierra? morir contigo.

Fuera de tí todo me es indiferente. Para tí son mis pensamientos, para tí son mis votos, para tí los latidos de mi corazon. Soy tuya, Raul, enteramente tuya, esclusiva-

mente tuya, únicamente tuya. Yo soy la compañera de tu infancia, la amiga de tu juventud, tu novia, tu prometida, tu esposa, tu madre, tu hermana, tu hija, tu reina, tu esclava. Soy tuya con mis flores, con mis perfumes, con mis esperanzas, con mis ilusiones, con mis sonrisas, con mis lágrimas, con mis alegrías, con mis dolores. Cerca, lejos, ausente, á tu lado, mis manos están estendidas de contínuo hácia tí, y mis ojos siempre fijos en los tuyos te buscan sin cesar. Nadie podrá arrebatarme á tu amor. Desafio á la muerte á que te dispute mi posesion. Soy tuya en mis horas de soledad, en mis horas de estudio, en mis horas de recojimiento. Cuando duermo tejo coronas para tí y me arrodillo á tus piés: cuando rezo ruego por tí, cuando las niñas vienen á verme les doy dulces en tu nombre, cuando las muchachas vienen á visitarme me agrada que me hablen de tí. Mis piés, mis manos, mis lábios, mis ojos, mi frente, mi cabellera, mi sangre gota á gota, mi carne pedazo á pedazo, mi eternidad hora por hora, todo, todo te pertenece. Sí, Raul, soy tuya con mi alma, con mi vida, con mi corazon, con mis dias, con mis horas, con mi eternidad.

Este amor está tan unido á mí como la corteza al árbol, como la perla á la concha, como la idea al pensamiento. Amáme mucho, Raul, porque lo necesito, porque me hace falta, porque no puedo vivir sin tu amor, porque me es tan necesario como la luz á la planta, como el aire á la respiracion. En tí confio y espero. Volverás, no es verdad? Es propio de enamorados complacer á sus damas: el que bien ama bien obedece.

Regresarás Raul, á los lugares de tu nacimiento? Sí, regresarás, porque la patria nunca se olvida.

Adios, Raul. Acuérdate siempre de mí, vuelve sin cesar los ojos hácia tu novia, hácia tu Lucía. Adios, Raul. Yo no te olvido, yo no te olvidaré, yo no te puedo olvidar. Adios, Raul. Yo te amo, yo te amaré siempre. Adios, adios por la milésima vez. Adios, Raul, alma de mi alma, vida de mi vida.—Raul, Raul mio, adios! tu—*Lucía.*

III.

Cada vez que oigo el sonido de las campanillas de la silla de posta, abro la puerta para salir á tu encuentro y pregunto al postillon si has llegado.

¿Porqué tardas tanto, Raul? Ya hace un mes que partiste. ¿Sabes porqué espero tu llegada sin tener noticias tuyas? Porque papá, el médico, el cura y todas mis amigas me dicen que no has contestado las dos cartas que te he escrito porque quieres sorprenderme presentándote de improviso á mi presencia como una vision bajada del cielo. Lo creo, porque á no ser así ¿cómo esplicar tu obstinado silencio?

Sentada junto á la ventana, paso largas horas con la mirada perdida en el horizonte, espiando el momento de tu arribo. ¿Vendrás por mar ó por tierra? ¡Cuántas veces me he engañado mirando el mar! ¡Cuantas veces el ala de una gaviota me ha parecido la vela de un buque en lontananza!

¡Estaba yo tan desconsolada por no recibir carta tuya! ¡Me parecian las horas tan lentas y dolorosas, tan tristes! Pero ya la sonrisa de la esperanza anima mi semblante, porque, como me dicen todas mis amigas, debes llegar pronto, hoy mismo tal vez. Y volverás para no separarnos nunca, ¿no es verdad, Raul?

Hace quince dias que te escribí mi última carta. La música, la pintura, la lectura y el estudio de las ciencias naturales llenan los instantes de estos dias interminables que paso lejos de tí. He leido tus novelas, esas lindas novelas llenas de dulce melancolía que te obstinas en no publicar, porque no quieres dar á ningun hombre el derecho de profanar con el sarcasmo ó con la indiferencia esos poemas de tu corazon que has escrito únicamente para mi recreo y consuelo. Para mi consuelo, sí, porque olvidando las miserias y las deformidades de la humanidad, te complaces en describir las bellezas del corazon.

He pintado un paisage, lleno de melancolía, que representa nuestra aldea en el mes de la vendimia, de la caida de las hojas y del corte de la leña, y á esa hora de luz vaga é indefinible en que el dia toca á su término y en que los ruidos se estinguen gradualmente. En este paisage bellamente sombrío, en medio de la apariencia fantástica que da la claridad de la luna á los montes y á los valles, se destacan nuestras figuras al pié de los castaños, junto á las tapias del cementerio, cuyas sombras anticipan la oscuridad de la noche. ¿Te gustará este sombrío paisage que á mí me parece tan bello como las vírgenes soñadas por los poetas en el delirio de la inspiracion? Creo que sí, Raul, porque hay en tu aire noble y distinguido un ligero destello de tristeza, reflejo de la tierna melancolía de tu alma, que presta dulce apacibilidad á tus miradas, cándida simpatía á tu sonrisa, y que embellece tu frente altanera y magestuosa.

Yo me levanto, como en todas las estaciones, al apuntar el dia, y despues de oir en la iglesia la misa de los pastores, despues de visitar los restos de la madre que hemos perdido, cuya tumba hemos contemplado tantas veces con los ojos húmedos, toco en el piano los trozos de ópera que mas te gustan, esos bellos fragmentos de música que hemos aprendido juntos y que traen á mi memoria todos los pormenores, todos los detalles de nuestra vida íntima. Entonces me parece que te veo á mi lado, apoyándote en un ángulo del piano, volviendo las hojas del libreto con tus manos finas como las de una muger, y cubriéndome con tus miradas de amor. Palpitando de alegría percibo entre la vaguedad del éstasis las risueñas imágenes de las ilusiones, y al mismo

tiempo, repitiendo tus suspiros y tus palabras de ternura, contemplo en panorama dilatado, en agradable perspectiva, las bellas alboradas, dias de sol y noches de luna de nuestra felicidad, que nos embriagaban de perfumes, de emociones, de luz y de melancolía.

Así pasan para mí las primeras horas de la mañana en esa atmósfera misteriosa de la música que nos espiritualiza y aproxima al cielo regenerándonos, purificándonos, cambiando nuestro ser, trasformándonos en ángeles, inspirándonos amor y haciéndonos sentir y llorar.

Gruesas lágrimas corren por mis mejillas al recordar entre esos torrentes de armonía tus palabras, tus movimientos, tus miradas, tus sonrisas, tu voz......—Al corazon enamorado y solitario le place embriagarse con el perfume de los recuerdos.

Despues leo tus novelas ó preparo mis pinceles y mi paleta para pintar, ó bien abro los libros de ciencias naturales, entregándome con entusiasmo á este estudio agradable, fácil y recreativo que tú me has hecho amar y que me da á conocer la armonía de los astros, el análisis de los cuerpos, los agentes misteriosos que animan el mundo, los fenómenos y las virtudes medicinales de las plantas y de los minerales, y las costumbres de todos los animales de la escala zoológica, desde el hombre hasta el coral y la madrépora.

Al oscurecer paseo por los viñedos y á la sombra de los castaños, contemplando las casitas diseminadas por el valle como nidos de pájaros en un océano de verdura. ¡Cuántos suspiros de amor en el murmullo de esos árboles! ¡Cuántas palabras ahogadas en el silencio de sus sombras! ¡Oh, Raul, Raul! Cuando á esta hora, sentada bajo los naranjos, vuelvo los ojos hácia tí, y mi alma arrebatada por sus aspiraciones va en busca de la tuya, siento que las lágrimas tiemblan en mis párpados y que mi corazon se desgarra...... ¡Ah! la idea de la muerte, que nunca se habia apoderado de mí porque á nuestra edad se cree la vida inmortal y se siente la eternidad en el corazon, me persigue ahora á todas partes.

Otras veces, á la hora en que el cuerno de los pastores llama al ganado al aprisco y en que los bueyes uncidos al arado ó á la carreta vuelven al establo ó atraviesan el cami-

no real aguijoneados por el carretero que canta con melancólica alegría la oracion de la tarde, recorro afligida esas doradas playas donde derramábamos nuestras miradas sobre la inmensidad de los mares. Cuando las olas avanzan murmurando hasta mis piés, creo que me traen en su espuma tus palabras. Sí, Raul, me parece que el rumor armonioso del mar es el eco de tu voz, que zumba en mi oido como lindo y dorado insecto. Entonces, conmovida de una manera inesplicable, me reanimo y rindo gracias al cielo por haberme dado un corazon para amarte.

Hay aquí un sitio salvaje que me agrada porque es triste y sombrío. Es una calle de cipreses que conduce á la noria de un molino. A este sitio concurro casi todas las tardes. El arrullo de las palomas sobre los arcaduces de la noria, el ruido triste, monótono y solemne del agua que cae en el pozo, el rumor de los cipreses y las quejas del ruiseñor, cuyos cantos adquieren mas fuerza á medida que avanza la noche, imprimen á aquel cuadro tal carácter de grandeza que inspira al corazon religioso recogimiento é impele el alma á la espansion de lo infinito.—¡Oh Raul! es un instinto comun á los desgraciados buscar los lugares solitarios y apartados!......

Por la noche, junto á la chimenea, cuyas azuladas llamas forman caprichosos jiros, leo la Biblia en voz alta. El cura sentado al lado mio me escucha con los ojos cerrados y entretanto el médico y papá juegan al ajedrez. Al toque de ánimas pasamos á la galería que cae al jardin y arrodillados ante el altarito que yo adorno todos los dias con las primeras violetas de la mañana, rezamos la oracion de los muertos. Volvemos luego junto á la llama del hogar y allí nos sirve mi aya la cena que consiste como siempre en té aromático, sabrosa manteca, queso de cabra y panecillos tostados.—¡Oh, que noches, que noches tan apacibles! que veladas tan tranquilas! ¡Bendita seas, religion del hogar! quien no te ama? Quien no os ama, hermosas escenas de familia? Benditas seais vosotras tambien!

Tal es mi vida, Raul mio, en esta casita llena de paz y amor, donde se vive entregado al olvido del mundo y muy próximo al cielo. ¡Oh amigo mio, oh dulce objeto de mis mas tiernas caricias, que dicha para nosotros el dia que nos reunamos otra vez en esta morada de paz y amor!

Ven, Raul. Aquí te aguardan las niñas con quienes jugabas y que todas las tardes al salir de la escuela que está á cien pasos de mi casita, me preguntan si ha llegado y si les ha traido dulces y juguetes. Aquí te aguardan las cabreras que cuando te encontraban entre las montañas volvian la cara para mirarte, que cuando sacaban agua del pozo se detenian para mirarte, y que los domingos cuando bailaban al son del tamboril corrian á la orilla del camino para echarte flores á los piés.

Aquí te aguardan los pastores que te saludaban con cariño y que todas las mañanas cuando los encuentro en la iglesia me dicen que te dé memorias en su nombre. Aquí te aguardan los pobres á quienes socorriste, los enfermos á quienes visitabas con el médico y los desgraciados á quienes consolaste. Ellos no te olvidan! Cómo pueden olvidar al que veian siempre á la cabecera de los enfermos en el hogar de los aflijidos y entre la infancia ignorante?

Ven. Aquí te aguarda papá, que ha sido el maestro que nos ha educado y que te ama como á hijo de sus entrañas. Aquí te aguarda el cura que te daba á leer sus sermones antes de pronunciarlos en el púlpito para que los adornaras con las galas de tu estilo florido. Aquí te aguarda el médico, tu querido amigo, con quien pasabas horas enteras estudiando y discutiendo. Aquí te aguarda la anciana que nos contaba cuentos junto á la deslumbradora llama del hogar, que impelida por el viento encajonado en la chimenea llegaba hasta nosotros como culebra de fuego haciéndonos retroceder. Aquí te aguarda la honrada familia del pescador que nos prestaba su barquilla para que paseáramos por el rio en noches de luna. Aquí te aguarda tambien, en el corral de nuestra casita, la mansa oveja á la que yo daba de comer en mi mano yerba y grano de maiz mientras tú la ordeñabas, con cuya leche haciamos queso y batíamos manteca. Aquí te aguarda tambien el gatito blanco que frotaba cariñosamente su cabeza contra mis hombros mientras estudiábamos juntos. Aquí te aguarda el perrito "Leal" que nos seguia á todas partes y nos lamia las manos. Aquí te aguarda tambien "el árbol triste" cuyas flores se abren á las diez de la noche y se cierran al alba y bajo cuyas ramas nos sentábamos en las noches apacibles contempladdo el cielo dulce y perfumado de la primavera.

¡Oh Raul mio! ¡oh amable objeto de mi ternura! Quién podrá pintar los transportes de nuestro corazon el dia de tu llegada tan ardientemente deseada! Quién podrá pintar la embriagadora alegría de nuestra alma pagada así de sus sufrimientos!

Raul! Ven, ven. Volveremos á pasearnos entre estos pámpanos purpurinos como los de la playa de Lesbos. Volveremos en las bellas alboradas de Mayo á cojer flores en esas praderas surcadas por rihachuelos y animadas por los carneros y las vacas que pacen la yerba y el tomillo oloroso. Volveremos á sentarnos en los peñascos para oir el ruido triste y monótono de los caracoles movidos por las olas de la orilla, y pronunciáremos en alta voz tu nombre y el mio, los nombres de Raul y Lucía que los ecos repetirán entre las rocas, como han repetido otras veces estinguiéndose gradualmente.

En el mes de Octubre volveremos á recortar los mirtos y el boj en nuestro jardin; en Diciembre sembraremos, como todos los años en la misma época, margaritas, britanos, botones de plata y varitas imperiales, y en Agosto ayudaremos á las pastoras á segar las mieses, á recojer castañas y manzanas y á quitar las hojas á las vides tardías.

¡Oh, Raul! Vuelve, vuelve á este ignorado ángulo del mundo, á este apartado rincon de las florestas donde hemos nacido, donde nos hemos criado, donde hemos crecido. Aquí nuestro amigo el médico nos ha dado una educacion romana: aquí mi padre ha ilustrado nuestra inteligencia: aquí el cura nos ha hecho orgullosos de nuestra dignidad, amantes de nuestra independencia, celosos de nuestra honra y de nuestra virtud.

¡Oh, qué felices hemos sido en estos valles natales, en estas riberas pobladas de armonías, en estas montañas llenas de misteriosos rumores, de flores y de encantos! Nuestra historia es de las mas tiernas y sencillas, Raul.

Nos han acostado en la misma cuna, nos han lavado en el mismo baño, nos han alimentado con el mismo pecho. Juntos hemos dormido, casi á un mismo tiempo hemos empezado á pronunciar las mismas palabras, juntos hemos aprendido la misma oracion con la que saludamos por primera vez á Dios. Comíamos en el mismo plato, bebíamos en la misma

copa jngábamos con el mismo juguete. Juntos aprendimos á leer, juntos aprendimos á escribir.

El cura nos hacia repartir sus limosnas y el médico nos llevaba á la cabecera de sus enfermos. Los enfermos nos besaban llorando y los desgraciados nos colmaban de bendiciones. Así nos fuimos habituando á consolar al paciente y á socorrer al necesitado. Papá que nos acostumbró á que el sol no nos sorprendiera en la cama ni que nuestro sueño se prolongase mas de seis horas, nos llevaba por la mañanita á orillas del mar, nos enseñaba á subir por los peñascos, nos enseñaba á nadar y nos hacia correr y sáltar por los bosques. Cuando regresábamos á nuestra casita, sin amenazarnos, sin golpearnos, para no destruir el pundonor de la infancia, para no inspirarnos aversion al estudio que se hace enojoso cuando se impone por castigo, nos daba lecciones de música, pintura y dibujo. Habia prohibido á nuestra aya que nos contase esos cuentos de bruja y fantasmas, de diablos verdes y castillos misteriosos que tan grande influencia ejercen luego en el resto de la vida haciendo al hombre cobarde y supersticioso. En vez de esos horribles cuentos de sombras y espectros ensangrentados, habia escrito una coleccion de preciosos cuentos fantásticos, consagrados á poner en relieve las bellezas del corazon, cuentos que hacia aprender de memoria al aya para que nos los relatase al amor de la lumbre.

Nunca enfermábamos, porque nuestros vestidos eran holgados, porque el ejercicio y el aire puro de las montañas vigorizaban nuestras fuerzas, porque nuestra casita estaba construida con todas las condiciones de la higiene, y porque nuestra comida animada siempre por la mas apacible alegría, no participaba de esa variedad de condimentos que ha pervertido el gusto en las grandes poblaciones y que tantas enfermedades enjendran.

Todas las noches teníamos reuniones familiares.— "Amad el placer casto, nos decia papá. Gustad de la diversion pero nunca de la disipacion. Cantad y tocad, porque el canto y la música os hará mejores, mas dulces, mas sensibles. Bailad honestamente, porque el baile conviene al desarrollo de las formas. Alegraos y reid, porque la alegría y la risa es la juventud: pasead á pié y á caballo, nadad en el

rio y el mar porque el ejercicio y el baño son útiles á la salud: sed limpios, porque el aseo os hace hermosos y mas robustos preservandoos de muchas enfermedades: bebed vino en la comida porque el vino usado moderadamente presta vigor á la sangre y alegría al ánimo: no comais con esceso porque os sentireis lánguidos y perezosos. Vestid con lujo, el lujo es el amor á lo bello, es el móvil de la industria. Vestid con lujo, sí, pero sin vanidad, sin afectacion, no encorvándoos bajo el peso de los adornos, no animados por el deseo de eclipsar á los demas con el fausto y la suntuosidad. Sí, hijos mios, divertios, representad en el teatrico que he construido en el jardin, las comedias que escribo para vosotros: divertios mucho pero sin abandonar el estudio que os eleva hasta Dios, y que destruye la supersticion, las preocupaciones y la ignorancia, orígen de todos los crímenes que hacen infeliz al hombre, de todas las desgracias que agobian á los pueblos.—Pero no, Raul, no, Lucía, añadía abrazándonos con ternura: no hagais lo que yo os digo, haced lo que hago."

Así nos hablaba, papá, Raul, y nosotros lo imitábamos siguiendo fielmente su ejemplo.

Nunca consintió que matáramos un insecto, ni viéramos degollar á las vacas y á los carneros. Te rogaba no cazaras y tú siempre lo complaciste. Te pedia que no aprendieras el manejo de las armas, y tú nunca empuñaste ni una espada, ni una pistola. En cambio te dedicaba á los ejercicios gimnásticos que proporcionan fuerza y agilidad al cuerpo. Nos enseñó á dirijir súplicas y buenas palabras á los carreteros para que no golperan á los bueyes ni á los caballos. No nos prohibia que comiéramos carne, pero como veíamos que él no la comia siguiendo la costumbre de los pueblos de India y de los discípulos de Pitágoras, nosotros tampoco la probábamos. Nunca nos obligó á permanecer horas enteras sentados é inmóviles como estátuas, así es que no estando precisados á mostrar en su presencia una gravedad impropia de la niñez y que tan lejos estaba de nosotros, no éramos ni hipócritas ni embusteros porque no teníamos que finjir ni que ocultar nada.

Papá, tú lo sabes bien, Raul, no es uno de esos bienhechores déspotas é ignorantes que no acompañan con el

ejemplo las máximas que aconsejan, que inspiran miedo á sus hijos, á quienes hacen perder el pundonor castigándolos como se castiga á una bestia, humillándolos así, degradándolos, envileciéndolos, haciéndoles perder la dignidad y colocándolos al nivel de los brutos.—Papá es un verdadero padre, grave y dulce, severo pero digno cuando insistiamos en satisfacer nuestros antojos infantiles. Es un amigo nuestro que sabe que cada edad tiene sus placeres, sus usos y sus costumbres, y que nos ha dado á conocer los deberes y los derechos del hijo y del ciudadano. Es un buen y escelente padre que siempre nos inspiró cariño y tierno respeto, cuyo nombre sin mancilla, cuya conducta inmaculada nos haria sonrojar de nuestra mas pequeña falta, y cuya moral en accion es un ejemplo palpitante que nos inspira una noble emulacion para imitar sus virtudes. Papá nos ha hecho amar el hogar doméstico como el puerto de salvacion de las borrascas de la vida, como el consuelo del corazon lastimado por los azares de la fortuna, como el bello oásis del desierto de la vida donde la paz, la amistad y la alegría deben acariciarnos siempre. El padre que no es severo y dulce como nuestro querido papá, el padre que déspota é ignorante abusando de su autoridad exije obediencia ciega y sumisa, ese padre no hará nunca la felicidad de los suyos ni asegurará la paz de su casa.

Entonces los hijos temblarán á su presencia como tiembla el esclavo ante su amo; ningun lazo estrechará á los miembros de la familia, se desconocerán las alegrías domésticas, la comida será desapacible, sombría y silenciosa, los hermanos se odiarán, desearán emanciparse y buscarán fuera de los lares las afecciones que no encuentran entre los suyos.—¡Oh Raul! elevemos el corazon hácia ese cielo que nos ha hecho hijos del mas bueno de los padres, y demos gracias á Dios pidiéndole nos conserve por largos años tamaña felicidad! ¡Qué venturosos son los hijos que así pueden bendecir á la Providencia!

El nos enseñaba, Raul, las ciencias naturales, los idiómas mas generalizados y nos abria con magestad divina el gran libro de la historia, señalándonos los episodios mas notables, ofreciendo la flor amarilla de los recuerdos á los manes de los buenos y pasando con indiferencia por la ori-

lla de las tumbas de los malvados. A su voz grave y solemne que evocaba los hechos de la antigüedad, veíamos pasar ante nosotros envueltos en la sombra de la noche de los tiempos, los reyes, los emperadores, los republicanos, los poetas, los filósofos, los pintores, los escultores, los guerreros, las vestales, los monumentos, los alcázares y las ruinas de los pueblos.

El estudio nunca se nos presentó bajo el aspecto del trabajo. En el jardin estudiábamos botánica, analizando las flores y las plantas, y en nuestras horas de ócio reproducíamos las rosas mas lindas, yo en el bordado y tù con el dibujo.

El nos referia la vida de Jesucristo inculcándonos sus máximas, nos daba á conocer el orìgen de las sectas religiosas, y para probar la utilidad de la religion nos decia dirigiéndose á tí.

—Si Dios no existiera, Raul, seria preciso inventarlo. Si, es preciso creer en Dios, es preciso que exista la Religion. La religion, haciendo el alma inmortal, es el áncora de salvacion de ese número infinito de desgraciados sumidos en el mar de la miseria y de la ignorancia, cuyas quejas se oyen en todos los ángulos del mundo y que llenos de fé esperan en el cielo la recompensa de sus sufrimientos en la tierra. La Religion, presentándonos á un Dios que premia y castiga mas allá de la muerte, es el dique que contiene el impetuoso desbordamiento de las pasiones. Amad pues sin fanatismo y sin preocupaciones la Religion augusta que consuela á los buenos y amenaza á los malvados."

Así nos hablaba papá y su voz siempre grave y solemne vibraba largo tiempo en nuestro corazon y en nuestro oido.

¡Gracias sean dadas otra vez á la Providencia, Raul, por habernos otorgado un padre tan escelente, bajo cuya tutela blanda y suave hemos vivido toda una eternidad de paz y bienandanza? Dichosos bienaventurados los hijos que como nosotros bendicen al cielo por un presente tan bello!

Todo te lo debemos, padre mio: ilustracion, perfeccion moral, bellezas del cuerpo. Recibe, ¡oh el mas bueno de los padres! la efusion inmensa de nuestra gratitud inmortal!

¡Oh árboles á cuya sombra, hemos pasado Raul y yo

dulces horas de amor, si algun dia arrullais el sueño de la muerte del mejor y el mas querido de los padres, mezclad al murmullo de vuestras hojas el murmullo de nuestras sentidas oraciones!

....

Así se ha deslizado mansamente nuestra infancia entre frescas sombras y dulces murmullos entre dias de sol y noches de luna; así hemos llegado á la juventud, formados de rocío y de perfumes puros como esos arroyos en cuyo fondo pueden contarse las piedrecillas azules y los granos de oro que brillan entre las hebras de verde lino. Gracias á nuestra educacion romana, estamos ya tan crecidos y desarrollados!...... Somos tan lindos......! Quién diría al contemplarme que yo no tengo nada mas que doce años?

Apenas hace un año que somos novios. Desde que la edad de las pasiones se anticipó en nosotros, una dulce melancolía ha prestado nuevo atractivo á nuestra hermosura romana. Entonces empezamos á sentir un vago deseo, una agradable inquietud que no sabíamos á que atribuir. Ya no éramos juguetones ni bulliciosos: pasábamos largas horas sin desplegar los lábios porque sentimos demasiado para hablar. Ya no nos besábamos éramos tímidos el uno al lado del otro, y yo me ponia colorada cada vez que sentia el contacto de tu mano. Estábamos tristes, empero esta tierna tristeza era mas bien que el esceso de felicidad la suave melancolía del verdadero amor.

Buscábamos los lugares solitarios para entregarnos á nosotros mismos. Hallábamos en la música un nuevo y desconocido atractivo que nunca habíamos gustado. Ya el baile no era para nosotros un mero pasatiempo, un recreo infantil, sino un manatial inagotable de emociones dulcísimas, de éstasis indefinibles. Cuando dibujábamos caprichosos paisajes nos placía colocar nuestra figura al borde del torrente, á la sombra de un sáuce, á orillas de un lago ó á la puerta de una cabaña.

Desde que fuimos amantes, Raul, los rumores misteriosos y llenos de vida que se desprenden de la tierra vibran en nuestro corazon como nunca habian vibrado, como un eco del cielo.

Naturalmente coqueta, yo vestia con mas esmero y va-

riaba mis trajes y mis adornos para presentarme cada dia á tus ojos con nueva belleza Me gustaba coronarme con rosas blancas de verde follaje y usar trajes blancos, aéreos, ondulantes, vaporosos como las gasas de la mañana, y hacía esto porque así era mas linda á tus ojos. Yo destrenzaba con frecuencia mi cabellera que llegaba hasta mis piés para que la admirases enagenado. Yo dejaba caer alguna que otra flor para que la cojieras con disimulo y la guardaras despues de haberla llevado á tus lábios y pasados algunos dias me enseñaras sus hojas secas. Tambien dejaba caer el pañuelo para que me lo devolvieras despues de haberlo besado furtivamente. Yo fingia olvidar sobre los papeles mis guantes que conservaban la forma de mis manos, y que segun tú mismo me decias despues, contemplabas largo rato aspirando su perfume, sin atreverte á tocarlos, temiendo (son tus mismas palabras) que se desvaneciera la huella de aquella forma encantadora.

En aquellos dias ¿te acuerdas, Raul? yo corria por la pradera para que el viento y la rapidez de la carrera, activando la circulacion de la sangre en mis venas, prestase á mis mejillas un carmin mas encendido aun que el que siempre colora mi cara. ¿Y sabes porqué hacía esto? para parecerte mas bonita.

Tú me decias, que yo soy linda como los arreboles de una tarde de verano, bella como los dorados fantasmas del ensueño del poeta, hermosa como el idealismo de la perfeccion. Comparabas mis labios encendidos y mis blancos dientes al capullo de una rosa cuando empieza á abrirse, salpicada con las perlas de la mañana. Decias que mis mejillas son aterciopeladas como albérchigo de otoño, que en mis ojos hay abismos de sensibilidad y ternura, que mi nariz parece modelada por el cincel del estatuario, que mi aliento es el perfume del cinamomo. Comparabas el movimiento de mi talle al movimiento onduloso de las palmas de América, y el brillo de los bucles de mis cabellos al reflejo del sol sobre los pámpanos y sobre las hojas de los plátanos que dan sombra á los sepulcros de los cementerios turcos. Decias que mis piés apenas tocan la tierra y que parecen descansar en una nube, que mi voz resuena en tu oido con un timbre tan alfojarado que imita el ruido de una lluvia de diamantes so-

bre una fuente de cristal, y que en el baile mi talle se columpia como los abanicos de verdura de las palmeras y los cocoteros de América.

Y yo te decia, Raul, que eres bello como la juventud y el amor, fresco y rosado como una fresa recien caida del árbol á impulsos de la brisa del alba, gallardo como el sol al remontarse en el horizonte.

En las mañanas de Mayo, cuando sentados á la sombra del *árbol triste* de nuestro jardin quitábamos las plumas á los ánades y contemplábamos desde allí á los montañeses que esquilaban las ovejas, y á las pastoras que recojian las mieses, yo te repetia señalando las flores, los pájaros, las mariposas y el azul del cielo: "Me gustas mas que la primavera."

Y en el mes de Noviembre, cuando cojíamos las aceitunas en el huerto del cura de la aldea, yo te repetia tambien señalando el jardin sin flores y las hojas de los árboles que adquirian el color del topacio: "Tu melancolía es mas dulce que la melancolía del otoño."

Yo te decia que tu voz era el eco de los rumores armoniosos de la naturaleza, que los escultores al modelar los reyes de la antigüedad debian imitar en el mármol tu aire distinguido.

Así nos hablábamos, Raul, los últimos dias de la época de nuestra felicidad, de esa felicidad fantasma hoy de nuestras ilusiones, cuya ventura no supimos apreciar bastante porque no conocíamos la desgracia ni el dolor, felicidad que empezó con nuestro primer vajido en el seno de nuestra madre y concluyó con los últimos rayos del sol del dia de tu partida.

¡Oh! ¡como pintar todos los trasportes de ese vago é instintivo sentimiento que nos arrastraba el uno hácia el otro, que nos unia, que nos estrechaba, que nos confundia en una sola alma! ¡Raul, Raul! Al renovar en mi memoria esas escenas de felicidad perdida, siento mis ojos mojados de lágrimas de ternura.

¡Ah! ya todo pasó. Ahora mi juventud es solitaria. Ahora me rodea el vacío, la nada, el silencio de la eternidad: la ausencia es la muerte. Ahora conozco el bien que he perdido. ¡Ah! ¿será preciso haber estado enfermo para apreciar

la salud? ¿es preciso haber cursado en la escuela de la desgracia para apreciar la felicidad?

Ya no me recrea el rayo de la luna, ni el aroma de la flor: la naturaleza sin tí me es indiferente, dulce amigo mio.

Vuelve, vuelve por Dios. No seas cruel. Yo te espero con anhelosa impaciencia, con desesperacion. ¡Oh! un padre cariñoso que ha hallado al hijo querido que creía perdido, una madre tierna que estrecha entre sus brazos al hijo que creia muerto en el campo de batalla, una amante desgraciada que ve á sus piés al hombre arrepentido que la habia engañado, no sentirán, no, un placer tan estraordinario como el que dilatará mi pecho el dia de tu regreso.

¿Es cierto que te volveré á ver, que otra vez te oiré, que te hablaré, te contemplaré y sentiré el contacto de tu mano......!

Me dicen las muchachas que ese dia te presentarán canastillos de frutas y cortarán todas las flores de las praderas y de las montañas para regarlas por las calles de tu tránsito: me dicen los mozos que saldrán á la orilla del camino á recibirte con sus gaitas y sus tamboriles, y vestidos con el traje de los domingos: me dicen las niñas que te darán muchos besos y te comprarán dulces: me dicen los pastores que adornarán sus casas con palmas: me dice papá que obsequiará á sus amigos con una alegre comida: me dice el cura que cantará una salve en accion de gracias: me dice el médico que ese dia se sentirá inspirado y asombrará al mundo con un nuevo sistema de medicina que será la panacea universal; y yo ese dia compraré todos los pájaros encerrados en jaula y les daré libertad en el terrado en el instante que distinga en el camino la nube de polvo de la silla de postas. Sí, el dia de tu regreso el regocijo será general. Habrá baile en casa del alcalde, se quemarán fuegos artificiales en el campanario y se efectuarán regatas entre las barquillas de los pescadores.

Aparece en las sombras del porvenir, ¡oh fecha misteriosa é ignorada que has de señalar el dia de la llegada del querido de mi corazon! ¡Oh tiempo! salta algunos dias sobre la esfera de tu reloj y precipita tu marcha lenta y acompasada. Huya la tierra bajo el aliento del caballo que te ha de conducir á esta aldea, Raul; suene ya la campana que ha

de anunciar la hora de tu regreso, y muera luego yo si mi muerte es necesaria para comprar el placer de verte, de oirte, de hablarte, de estrecharte contra mi corazon, aunque no sea mas que un instante.

Vuelve, vuelve por Dios, Raul mio. Hablémonos otra vez á la claridad de la luna como Julieta y Romeo, paseémos otra vez por los bosques como Chactas y Atala, vaguemos otra vez á orillas del mar como Pablo y Virginia. ¡Oh! ven por piedad, ven, aunque muramos en el mismo instante de tu llegada, instante precioso que será para tí y para mí la eternidad de lo infinito.

¡Raul! comprende nuestros arrebatos el dia que vuelvas á estas playas en cuya arena tantas veces hemos grabado nuestro nombre, el dia que recorras las calles de esta aldea que es tu patria, el dia que entres en mi alcoba santuario de nuestro amor; y que caigas á mis piés, á los piés de tu Lucía, y luego en mis brazos, en los brazos de tu novia......

IV.

Dos meses hace que partiste y aun no estás aquí. Si supieras, Raul, cuanto he llorado, cuanto lloro aun......! Dos meses sin verte, sin oirte, sin hablarte! Dos meses largos como un siglo, lentos como el paso del buey, tristes como el enfermo que se siente morir! Dos meses de ausencia sin tener noticias del objeto amado, es la muerte para el corazon que ama!

Yo vivo triste y solitaria llorando mi felicidad perdida! Todos los objetos que me rodean aumentan la amargura de mis recuerdos. Me complazo en visitar los lugares retirados y sombríos que mas se adaptan á mis tristes pensamientos. Oculta á las miradas profanas, paso largas horas entre los cipreses que conducen á la noria del molino. Allí, derramando lágrimas, dando espansion á mi dolor, con la vista siempre fija en los sáuces del cementerio que se ven desde mi ventana, y á cuya sombra tantas veces nos hemos sentado á la caida de la tarde, traigo á la memoria todas las escenas pasadas.

En noches de luna me siento al pié del árbol *triste* escuchando con la imaginacion perdida en el vácío el arrullo

de las tórtolas posadas en dulce consorcio como la castidad y el amor. Otras veces busco á la dulce claridad de las estrellas las sombras de los cipreses de las tumbas para sentir y llorar. ¡O! la soledad del cementerio no me asusta: me atrae con fuerza irresistible.

Todas las noches antes de acostarme acerco mis lábios llorando y con religioso recogimiento, al ramo de flores secas que aun está sobre el piano en el mismo sitio donde fué colocado por tu mano la mañana del dia de tu partida.

Todas las mañanas despues de regar, bañada en llanto, rosas blancas y frescas sobre el sepulcro en que descansan juntas tu madre y mi madre, voy á la iglesia é invoco entre lágrimas la clemencia del cielo.

Todas las tardes al toque de la oracion, entregada á esas abstracciones en que nos sumerje el eco distante del piadoso tañido de la campana, vuelvo los ojos hácia oriente y contemplo á través de mis lágrimas los últimos resplandores del sol moribundo que desde que te ausentaste siempre me hace pensar en la muerte.

¡Oh naturaleza cuyas bellezas me hacia observar el mas hermosos de los jóvenes, el mas querido de los mortales! ¡Oh lugares de mi infancia que he recorrido apoyada en el brazo del hombre que amaré mientrés anime mi corazon un soplo de vida! ¡Oh montañas cuyos ecos repitieron nuestras palabras de amor! ¡Oh árboles que nos saludabais con vuestro dulce murmullo! vosotros sabeis cuan honda es mi angustia y cuan indómito mi dolor!

....

Hace tros dias empecé esta carta y ya la he interrumpido tres veces. Quien sabe cuantas veces la interrumpiré aun!......

En este momento han dado las dos de la madrugada. Mi cama está intacta porque el sueño huye de mis ojos. He pasado toda la noche llorando. Me veo precisada á ocultar mis lágrimas, me veo precisada á esperar la noche para llorar en el aislamiento de mi alcoba, porque no quiero afligir á papá que apenas se aparta de mí, que me suplica conmovido no vaya con frecuencia al cementerio, ni á la noria del molino, ni á los lugares sombríos y solitarios, porque este aislamiento me hace mucho mal. ¡Pobre papá!

Yo afactaré en su presencia calma y tranquilidad, ¡oh el mas amante y el mas bueno de los padres! Yo procuraré estar risueña, yo devoraré mis lágrimas en silencio y morderé mis lábios para que no oigan mis sollozos. Yo lloraré en el retiro de mi alcoba......

En vano todos quieren consolarme: en vano las aldeanas me llevan á sus bailes y los aldeanos me obsequian con sus sarenatas: en vano papá, el médico y el cura abren mi piano, preparan sus pinceles y mi paleta, y leen en alta voz libros interesantes. Nada me distrae. Estoy inconsolable. Mis ojos siempre están llenos de lágrimas, mi corazon siempre está lleno de lágrimas, mis megillas siempre están húmas de lágrimas. ¡Hasta cuando he de llorar, Raul!

....

Anoche sentada junto al piano con la vista fija en los cipreses del cementerio que se ven desde mi ventana, me hallaba en uno de esos momentos de éstasis en que no pertecemos á la tierra. Yo pensaba en la inmortalidad.

La velada era magnífica, la noche era clara, estrellada, apacible. El perfume de los naranjos en flor embalsamaba las ondas de la atmósfera fresca y suave, y la dulce y aterciopelada luz de la luna llena, que asomaba en el horizonte entre conchas de nácar azul, realzaba el encanto de tan bello ponorama, al que imprimía un sello de poesía indescribible el murmullo quejumbroso, monótono y solemne del chorro de la fuente del jardin.

Me parecia que yo estaba arrodillada á orillas de la tumba de mi madre, cuya loza alumbraban los últimos rayos del sol poniente. En mi alucinacion creía que aquellos tibios rayos de color de oro eran la aureola del alma de mi madre. Luego me pareció que te dirigias hácia el cementerio silbando con tristeza un aire de las montañas, que te arrodillabas á mi lado murmurando una oracion y que las lágrimas que derramabas se convertian en perlas que saltaban sobre la loza con ruido armonioso y al desaparecer entre la yerba se transformaban en insectos de luz que vagaban en torno de nosotros como estrellas caidas.

Despues se me figuró que sin tocar la tierra, como si nos sostuviera una nube invisible, nos dirijiamos al árbol *triste* de nuestro jardin. Una vez bajo las verdes ramas de

el cuello de mi padre, dándole las buenas noches y procurando sonreirme, me encierro en mi alcoba y doy libre curso á mis lágrimas. A cada momento me parece que oigo ruido de pasos. Creo que es papá que espía mis mevimientos, que acerca el oido á la puerta para oir mis sollozos. ¡Pobre padre mio! ¡pobre padre mio!

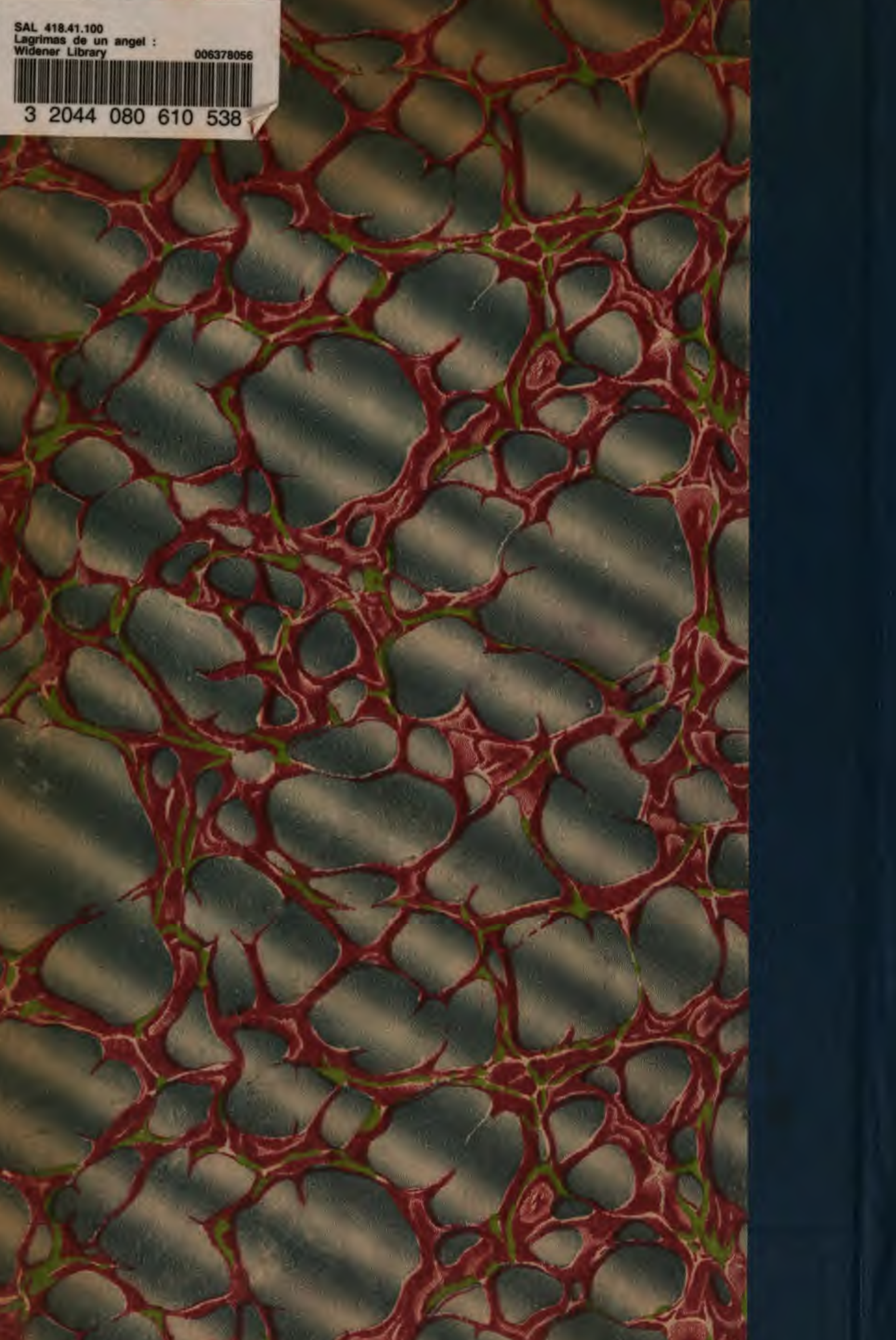
....

Mi enfermedad hace progresos. A menudo soy presa del vértigo. Mi vista se oscurece y me parece que los objetos, perdiendo su forma, giran con rapidez en torno mio, envueltos en una nube de colores luminosos. Me figuro que oigo el eco distante de una cascada de agua, ó el lejano rumor de las olas del mar. Percibo en la atmósfera perfumes estraños y desconocidos, y creo que soy impalpable é inmaterial. Si estoy de pié, tengo que apoyarme para no caer; si estoy sentada, tambien busco apoyo porque bamboleo y temo lastimarme contra el suelo. ¡Pobre de mí!

....

¡Oh Raul mio! ¡oh mi querido Raul! ¿No te veré mas, á tí, á quien tanto he amado y amaré siempre con ternura, con delirio, con ciega idolatría? ¿No besaré tus manos, esas manos queridas que tantas veces he sentido ardientes, trémulas y palpitantes entre las mias? ¿No oiré ya tu voz, esa voz que siempre conmovió mi corazon con emociones dulcísimas? ¿No se fijarán ya en mí tus miradas, esas miradas tiernas y lánguidas que me hicieron gustar la santa y bendita embriaguez del amor? ¿No me sonreirán ya tus labios, esos labios finos como los de una muger, cuya sonrisa revela un alma apasionada y melancólica? ¿No buscaremos otra vez en estos valles natales las brisas, las frescas sombras y el perfume delicado de la suavidad apacible de los campos?....

¡Oh! ven, Raul, porque me siento morir. Por piedad, por compasion, vuelve, vuelve. Ten misericordia de mí, de tu Lucía, de tu novia. Conmuévante mis lágrimas, mis sollozos, mis suspiros, mis dolores. Apiádate de mi sufrimiento, de mi martirio. Por Dios, por Dios, vuelve á mis brazos, á mis piés, Raul mio, corazon mio, alma mia, vida mia, mi único amor, mi única alegría, mi única esperanza. Vuelve, porque yo quiero que vuelvas; yo lo mando, yo lo exijo, yo lo ordeno. Es preciso que me obedezcas, porque si no eres


SAL 418.41.100
Lagrimas de un angel :
Widener Library 006378056
3 2044 080 610 538